

nivel de conciencia que conjugue sueño y realidad; de revolucionar psicológica y socialmente, colectando las aguas subterráneas de la tradición y prolongando las experiencias individuales más atrevidas, el mundo de que es producto subversivo» (p. 17).

¿El surrealismo es un humanismo? Este movimiento literario está formado por fuerzas contradictorias. Por una parte es hijo de la descarnada vanguardia, iconoclasta, desalmada. Por otro lado influyen en su filosofía interior los grandes maestros que transforman la conciencia del siglo XX: Nietzsche, Marx y Freud<sup>13</sup>. Subyacen en la infra-realidad, caóticamente, el nihilismo, la revolución social y el concepto de psicopatología de la vida cotidiana. Esta filosofía es, por supuesto, asistemática, emocional. Los poetas escriben desde el corazón. André Breton en *Position politique du surréalisme* escribió: «Transformar el mundo, dijo Marx; cambiar la vida, dijo Rimbaud; para nosotros, esas dos consignas son una sola<sup>14</sup>. Pues bien, ningún poeta más cerca de estos supuestos que Vallejo, quien había asumido plenamente la poesía y la revolución como forma íntima de vida. Lo que en los autores franceses, Aragon o Breton y hasta Gide, podría entenderse como esteticismo o «gauche divine» de pose intelectual, era en Vallejo vividura dramática, convencimiento. El surrealismo francés era una moda literaria. Vallejo asumía en su vida y obra la subversión lírica. ¡Qué distinto es el comunismo visceral de los desheredados, de los hijos de nada, que el comunismo ortopédico y de salón de aquellos que juegan a hacer la revolución dentro de sus coordenadas burguesas! Vallejo no podía asumir la pirueta, la contradicción de Breton cuando escribía: «Vivir y dejar de vivir son soluciones imaginarias. La existencia está en otra parte»<sup>15</sup>. Para Vallejo vivir y escribir eran coincidentes, vida y poesía se alimentaban mutuamente, no escapaban a la alienación, se humanizaban. Sin duda Vallejo tenía una ingenuidad provinciana respecto al gran mundo de los autores franceses. Creía en lo que escribió, como luego Miguel Hernández.

El surrealismo es un movimiento, casi francés, que en España daría más tarde frutos bien sazonados en poetas como Aleixandre o Cernuda. En el mundo hispánico se producen otros movimientos vanguardistas como el ultraísmo o el creacionismo. Cansinos Assens y Guillermo de Torre consideran la fecha de 1918 en que llega Huidobro a Madrid como fundamental para el cambio en los gustos literarios. Hasta entonces, el modernismo, todavía coleando. El ultraísmo y el creacionismo, pese a los estudios a ellos dedicados, aún no han sido lo suficientemente valorados. La vanguardia es considerada apenas como una anécdota en la historia de la literatura española, un paréntesis entre el modernismo y la generación de 1927. De la catástrofe valorativa se salvan los nombres de Huidobro, Larrea, Gerardo Diego, Borges... Pero no se ha estudiado lo mucho que deben los poetas del 27 a sus precursores, sobre todo en lo que se refiere a la imagen y a la metáfora.<sup>16</sup>

<sup>13</sup> En el conocido libro de Henri Lefebvre: *Hegel, Marx, Nietzsche ou le royaume des ombres falta Freud. Marx, en realidad es la izquierda de Hegel, su prolongación.*

<sup>14</sup> André Breton: *Position politique du surréalisme*, p. 97.

<sup>15</sup> André Breton: *Al final de Manifeste du surréalisme.*

<sup>16</sup> Remito a mi trabajo «Gerardo Diego, Poesía y crítica», n.º 448 de Cuadernos Hispanoamericanos, pp. 7-24.

Roberto Paoli en su libro *Mapas anatómicos de César Vallejo* escribe: «No tenemos la seguridad que fueran las revistas españolas *Grecia* y *Cervantes* u otras, las que cayeron en manos de Vallejo. El hecho es que él debió sufrir en los años 20-21, el impacto del ultraísmo, entre cuyos supuestos figuraba el rechazo de lo anecdótico, de lo sentimental, de lo autobiográfico, de lo ornamental; la eliminación de las conexiones lógicas del discurso; las novedades tipográficas; y otras cosas más»<sup>17</sup>.

Algunos supuestos, no todos. La poesía de Vallejo es humanizada y no rechaza la biografía personal, sino que se alimenta de ella. Enlaza espiritualmente con el surrealismo. «El surrealismo es búsqueda de una vía de conocimiento y de salvación, está atento a todo lo que eleva al hombre sobre sí mismo, o, al menos, a lo que parece llevarlo fuera de sí mismo».<sup>18</sup>

Juan Larrea en sus libros *Del surrealismo al Machu-Picchu* y en *César Vallejo y el surrealismo* sitúa al poeta peruano en este movimiento que tiene nombre más universal y lo prolonga hasta el continente americano. Si la trascendencia surrealista «pareció enfocarse geográficamente hacia la U.R.S.S., es decir, hacia la equidistancia plana entre Oriente y Occidente, en realidad apunta de un modo decisivo hacia el Nuevo Mundo donde esa equidistancia se resuelve en esfera. En este nuevo continente se ubica el solar de la Realidad. En él el Occidente se sublima en Universalidad rindiendo su profecía y su legado» (p. 73). Hay un fervor religioso, casi mesiánico en las palabras de Juan Larrea. También mítico, iniciático. Hay otra realidad superior, en el sueño o en la videncia. Experiencias que entroncan a Rimbaud con Nerval y Novalis y que se hallan en relación estrecha con el super-yo de Freud. Breton en el primer *Manifiesto del surrealismo* había escrito: «Creo en la solución futura de estos dos estadios, tan contradictorios en apariencia, que son el sueño y la realidad, en una especie de realidad absoluta, de *superrealidad* si es factible denominarlo así». Sin duda América es una realidad nueva donde a la realidad geográfica se superpone una realidad mítica, maravillosa, de tanta trascendencia para la nueva literatura hispanoamericana. América es la nueva tierra, el paraíso re-encontrado: «He aquí un resultado al que se llega por unanimidad: por el alma única de la tierra —el cielo o el cosmos— que llama al postigo de la conciencia a través de los poetas que poseen esa supervisión que va más allá de lo que está sujeto a las leyes del general conocimiento» (p. 91). Larrea traslada el mundo mítico a América. Y son los poetas los que conducen por el camino iniciático. Cita César Vallejo en sus versos: «¡Oh unidad excelsa! ¡Oh lo que es uno / por todos! / ¡Amor contra el espacio y contra el tiempo!». Larrea sitúa la nueva ciudad elegida, axial, en Machu-Pichu, piedra de toque: «El renombre del Machu-Pichu ha traspuesto ya todo posible paralelo. Cualquiera americano seminstruido sabe que en ciertos parajes de su espacio natural, donde por lo común no ha puesto sus plantas todavía, se muestra uno de esos raros fenómenos en los que lo humano parece haberse conjugado con lo cósmico en términos inexplicablemente excepcionales, únicos» (p. 133). En su tarea de mitificación, Larrea sitúa el altar sagrado del Nuevo Mundo en el Machu-Pichu, lugar único de resonancias arcaicas de lo humano, de la naturaleza exuberante y lo divino. Falta

<sup>17</sup> Roberto Paoli: *Mapas anatómicos de César Vallejo*, *Università degli Studi di Firenze*, 1981, p. 49.

<sup>18</sup> Ferdinand Alquié: *Philosophie du surréalisme*, *Ernest Flammarion*, París 1965, traducción española en *Barral Editores*, Barcelona 1972, p. 33.

el sacerdote para la ceremonia de la consagración o el sacrificio. ¿César Vallejo, heredero de los incas? Larrea elige a Rubén Darío y a César Vallejo: «En éste y otros aspectos, el Universo de Darío, quien por el amor humano ha llegado al divino, así como el complementario de César Vallejo, son, aunque quizá menos prácticos en lo inmediato, sumamente superiores. El vivir físico del mundo se completa en él y transfigura con el metafísico de alas de sombrero para arriba» (p. 179).

Larrea cita el texto de César Vallejo *Los incas redivivos*<sup>19</sup>. En dicho ensayo se ocupa del Machu-Pichu. Larrea escribe sobre Vallejo: «Es el poeta que nos faltaba y que se diría surge espontáneamente de lo oscuro para emitir su opinión en este pleito de significaciones, fuera al parecer del espacio y del tiempo» (p. 216). El Machu-Picchu es el lugar sagrado y telúrico, ciudad axial, donde Vallejo, y también Larrea, se siente iluminado: «Tierra y cielo parecen allí haberse aliado al sueño de los hombres, para esculpir en talla directa sobre la inmensidad de las alturas una verdadera ciudad de Dios. Vallejo, sacerdote de lo telúrico, poeta cósmico y humano, abraza la causa comunista. ¿Por qué? Responde Larrea: «Porque para Vallejo, los dos mundos, el material e histórico y el espiritual o poético, fuera del tiempo y del espacio “circunstancial y trascendental” distaban de excluirse».

El significado de la vida y obra de César Vallejo es sintetizado en varios puntos por su panegirista (p. 218): 1º Según Larrea, César Vallejo fue el poeta sucesor y complementario de Rubén Darío. Pese al compromiso, «lejos de renegar de Darío y no obstante el descrédito literario en que estaba cayendo su estilo modernista, fue aquel “Darío de las América celestes” la luminaria poética que a Vallejo le acompañó hasta su hora postrera». 2º Antes de los cuarenta años se interesa César Vallejo por el hombre y la suerte infeliz de la raza humana. 3º Representa un mesianismo espontáneo y genuino desde el comienzo. 4º Vallejo piensa en París y en América desde el comienzo de su obra. 5º Es desde sus orígenes sustancialmente comunista. 6º Su amor es universal, totalitario, cósmico. 7º Vallejo, desde su primer texto muestra una potencia espiritual capaz de constituir una nueva psicología en la cual la imaginación creadora influye poderosamente sobre la inteligencia del hombre. 8º Al cabo de su muy angustiada vida, Vallejo muere mesiánicamente, el día de viernes santo de 1938. (Así su vida trágica se consumía, se consumaba).

Juan Larrea mitificaba a su amigo y compañero, tarea inusual, por estos pagos de envidia cainista. Mitifica al hombre y al poeta. César Vallejo es considerado como un sacerdote de la poesía. Por ella se inmola y por la humanidad. En un plano actualizado, literario, cabría considerar a César Vallejo como un poeta del surrealismo humano, visceral. Poeta de la realidad interior, desgarrada, del hombre problemático, frente al surrealismo francés, exterior, deshumanizado, mucho más literario que vital.

César Vallejo, del surrealismo a la universalidad, poeta de lo intrahumano. Poeta dolorido por la garra mortal de la existencia sentiente de su propia problemática desahogada en carne de poema. Para él la poesía no es diversión, arte meritorio para la burguesía que paga. Escribe desde su soledad desesperada para salvarse en y con los otros. Para co-fundirse con el pueblo y ser voz activa, conciencia. César Vallejo es un poeta incómodo, no asimilable por la cultura profiláctica. Ojalá que el homenaje sirva para

<sup>19</sup> Fechado en París en enero de 1935.